

Arzobispado de Santiago
Catedral Metropolitana
Festividad del Apóstol Santiago
25 de Julio de 2018

“NOSOTROS SOMOS TESTIGOS..., NOSOTROS Y EL ESPÍRITU SANTO QUE DIOS
HA ENVIADO.”

Homilía del Arzobispo
Card. Ricardo Ezzati A.,sdb

Hermanos y hermanas en el Señor,

La Iglesia universal celebra, hoy la festividad del Apóstol Santiago. La celebra, de manera especial, nuestra ciudad que lleva su nombre y nuestra comunidad eclesial que lo venera como su especial patrono y protector. Lo festejamos en esta Iglesia Catedral, que nos place definir como “techo común” de todos quienes peregrinan por las calles de nuestra ciudad y bajo cuyas bóvedas encuentran el corazón tierno del Padre de la misericordia, que les infunde confianza, enjuga sus lagrimas y abre sus nuevos horizontes a una renovada esperanza. Es el “techo común” que acoge y celebra celebran los acontecimientos más emblemáticos del acontecer religioso y cívico de Santiago y de la entera patria chilena. Desde hace 456 años, la comunidad cristiana de Santiago, constituida como primera Diócesis de Chile, no ha dejado de ser parte de la historia de la Ciudad y del País y de acompañarla con el materno auxilio de María Santísima, Asunta a los cielos, a quien está dedicada esta Iglesia Catedral, y confortada por el testimonio y la protección del Apóstol Santiago, su especial patrono.

Reunidos como Santo Pueblo fiel de Dios, en torno a la Palabra que Él nos ha dirigido, y desde la experiencia asombrosa de ser comensales de la Cena Eucarística, queremos disponer nuestro espíritu para fortalecerlo en el estilo y testimonio de vida que nos ofrece el mensaje de este día. Un estilo

que, desde lo más profundo de nuestro ser, y coherente con la fe que profesamos sea levadura de esperanza para toda la ciudad que habitamos.

También en esta Eucaristía, la Palabra de Dios ha resonado clara en nuestra comunidad de fe. Ella nos ilumina, nos desafía y nos fortalece. A la vez, nos indica el camino a seguir, y el camino es Jesucristo el Señor, Verdad y Vida, para que oyéndolo creamos, creyendo en Él tengamos esperanza y esperando vivamos en el amor, como nos enseña el Concilio Vaticano II (Cfr. DV 1). Nos preguntamos, entonces: ¿Cuál es el mensaje de vida que nos ofrece la Palabra que Dios nos ha dirigido en esta noche? ¿En qué ámbitos de nuestra vida personal y comunitaria debiéramos dejarnos iluminar y desafiar por ella? ¿En qué dirección nos confirma y fortalece y en cuál, en cambio, nos pide una decidida conversión de ruta?

1.- La Iglesia de los comienzos, paradigma de la Iglesia de todos los tiempos.

La primera interpelación nos viene del texto de los Hechos de los Apóstoles que hemos escuchado. El relato del texto sagrado destaca un momento peculiar y difícil de la vida y de la misión de la Iglesia y, de manera especial, de la aventura de los Apóstoles, y entre ellos, Santiago, hermano de Juan. Relata los primeros pasos de la Iglesia naciente. “En aquellos días”, comienza diciendo el texto. En aquellos días: ¿cuáles eran esos días? Eran los días posteriores al acontecimiento de Pentecostés, días en los que los Apóstoles y los discípulos, fortalecidos por la irrupción del Espíritu Santo, se habían atrevido a abrir las puertas y tenido la osadía de salir del Cenáculo donde estaban encerrados por miedo a los judíos; eran días de la “parrencia”, es decir llenos de esa “valentía” inaudita, que el Paráclito había infundido en los Apóstoles la osadía y el gozo de dar testimonio de la resurrección del Señor, con mucho poder y que los habilitaba para realizar muchos signos y prodigios en el pueblo. Sin embargo eran también los días de una feroz persecución contra de ellos, días de enjuiciamiento y de prohibición de predicar el nombre de Jesús. Eran días en que los adversarios de Jesús, vivían enfurecidos hasta querer matar a sus seguidores, logrando su malvado

propósito por mandato del máximo poder de la nación, el rey Herodes, que mandó decapitar a Santiago.

Eran días, que según el testimonio del Apóstol Pablo en su segunda carta a los cristianos de Corinto, los seguidores de Jesús experimentaban llevar el tesoro de la fe en recipientes de barro", su propia vida frágil; "atribulados por todas partes, perplejos, perseguidos y derribados" por tanta persecución, y sin embargo no abatidos, desesperados, abandonados o aniquilados", porque sostenidos por la gracia de esa misma fe, que les permitía creer y hablar. La gracia del Señor Jesús resucitado, que los resucitaría con Él y los reuniría a su lado.

Es la fe que fortalece hasta el martirio; la fe que el Apóstol Santiago nos testimonia también a nosotros en estos momentos difíciles de nuestro caminar. La Iglesia de los primeros tiempos es paradigma de la Iglesia de todos los tiempos. Hoy también estamos llamados a sentir el dolor de nuestros pecados con la misma actitud de la Iglesia del Comienzo: "Estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos, perplejos, pero no desesperados, perseguidos, pero no abandonados, derribados, pero no aniquilados." Nuestra confianza está en Aquel que ha vencido el mal y con su cruz nos ha rescatado del dominio del mal.

2.- Vayan y den fruto.

El texto del Evangelio según san Mateo nos ofrece a la meditación la petición de la madre de Santiago y Juan, que pide que sus hijos lleguen a sentarse uno a la derecha y el otro a la izquierda en el Reino de Jesús. El amor de una madre, a veces, puede llevarla a confundir las cosas. Ella pensaba en el poder y en el prestigio mundano, no en la participación del cáliz del que beberá Jesús con su cruz, pasión y muerte. El discípulo no es más que su maestro, enseña Jesús a quienes quieren seguirlo y les pide tomar la cruz, cada día, para seguirlo en su entrega total y sin reserva.

“Ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad... Ente ustedes no debe suceder así. Al Contrario, el que quiera ser grande que se haga servidos de ustedes, y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo, como el Hijo del Hombre, que no vino para ser servidos, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud.” (Cfr. Evangelio).

¡Cuánto mal hace el dominio y el poder que brota de la carne! ¡Cuánto bien la sencillez, el espíritu y la praxis de hacerse servidores de los últimos!

¡Cuántas lecciones de vida nos ofrece esta página del Evangelio de Jesús!

A ello nos invita el Papa Francisco, cuando nos manda a las periferias, cuando nos invita a superar la tentación de sentirnos superiores a los demás, cuando nos invita a ser una Iglesia de pobres, cuando nos impulsa a abrir los ojos para ver, el corazón para sentir y las manos para compartir.

Esta tarde, reunidos en la Iglesia madre de nuestra Arquidiócesis para celebrar el día de nuestro Santo Patrono, renovemos el propósito de conversión y salgamos desprovistos de todo poder, llevando con nosotros sólo la riqueza de Señor, dispuestos a seguir los pasos de nuestro Santo Patrono.

Pidamos por nuestra ciudad de Santiago, por sus habitantes, por los migrantes que buscan acogida, por los marginados que carecen de techo y vagan por nuestras calles, por los niños, los jóvenes, las familias, por las autoridades. Demos gracias a Dios por tantos verdaderos ángeles custodios que cuidan de la vida de los más necesitados y son testigos de la providencia de Dios nuestro Padre.

3. El reconocimiento que nuestra Iglesia entrega hoy a algunos de sus hijos e hijas, quiere ser un agradecimiento y un estímulo. Un reconocimiento humilde a algunos Sacerdotes, Diáconos Permanentes, Consagrados y Consagradas, Laicos y Laicas que han buscado y buscan servir al estilo de Jesús. Sabemos que el Padre que está en los cielos y ve en el secreto del corazón, es la recompensa que esperan y pedimos para ellos. Sin embargo, nos hace bien reconocer el bien para que el Padre sea glorificado. Gracias hermanos y hermanas por el testimonio de la "diaconía" de Jesús en la Iglesia y en la ciudad de Santiago.

A la vez esta distinción quiere ser un estímulo para todos. La intercesión del Apóstol Santiago, nos obtenga la gracia de ser una *"Iglesia de puertas abiertas"*, *"una Iglesia en salida hacia las periferias geográficas y culturales"* de nuestra ciudad, *"una Iglesia Samaritana"*, *"que sabe detener el paso, dejar de lado la ansiedad, para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino."*(EG.46). En este tiempo de zozobra, no tengamos miedo: Jesús está con nosotros, *"salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo"* . Todos puedan experimentar la ternura Dios que acoge, perdona y salva y, en la Iglesia, Casa Común donde todos puedan sentirse hermanos y hermanas.

Bajo el amparo de la Santísima Virgen del Carmen. Amén